

¿Salario ético o trabajo ético?

Plantear la necesidad de un salario ético es justo, válido y rescatable. Sin embargo, mejorar la formación por medio de trabajos éticos es una alternativa más sensata y sustentable.

Cristóbal Cheyre

Tras días de intenso debate se ha llegado al consenso de que el salario mínimo actual no es suficiente para otorgar un nivel de vida digno a una familia. La opinión pública concuerda en que se debe intentar que los trabajadores reciban un monto mayor a los \$144.000 que rigen desde el 1 de julio.

Limitar el debate sólo a este parámetro es un error ya que aún en el mejor de los casos, en que las empresas que pueden hacerlo tomaran la opción ética de subir el sueldo a sus trabajadores, los resultados serían igualmente insuficientes. Más que brindar un salario ético, lo que las empresas deben ofrecer es un trabajo ético.

Se debe descartar que el fundamento de los bajos salarios es la mala voluntad de los empresarios. La dinámica de mercado no permitiría este fenómeno, ya que es imposible que un empleador mantenga sueldos inferiores al costo de oportunidad del trabajador, sin que este busque un mejor trabajo. En realidad, las raíces del problema se encuentran en la baja preparación de los empleados y, por ende, en la baja productividad de las labores que pueden enfrentar. Estos dos focos deberían prevalecer en la mirada de una empresa al minuto de ofrecer un trabajo ético.

El trabajo ético es aquel que se caracteriza por enriquecer al trabajador en cuanto a sus habilidades, otorgándole conocimientos, experiencias y destrezas que le serán útiles para aumentar su productividad, ya sea en su trabajo actual o en cualquier otra actividad que emprenda.

La contribución que puede hacer una empresa mediante esta conducta es mucho mayor a la que lograría si únicamente opta por subir los sueldos u otorgar cualquier regalía. Es la única garantía de que la mejora no sólo enriquecerá “el bolsillo” del trabajador, sino que también le ayudará a que si debe dejar la empresa encuentre y mantenga un trabajo con un salario digno y ético.

Un obrero de la minería, que a lo más alcanzó a terminar la educación media, gana el doble que otro con la misma preparación que trabaja en la agricultura. En general, quienes trabajan en empresas que se preocupan de formar a sus

trabajadores optan a mejores condiciones y más posibilidades de proyección laboral, mientras que quienes, por mala fortuna o falta de oportunidades no acceden a estos trabajos, quedan cada vez más rezagados, lo que no cambiará con un aumento del salario mínimo.

En las pequeñas y medianas empresas, y en sectores poco tecnificados como la agricultura o la industria, hay menos posibilidades de encontrar este tipo de trabajos. Resulta difícil creer que se deba a que estos sectores concentran a personas poco éticas. Seguramente estas empresas viven una situación muy ajustada, que no les permite ofrecer condiciones mucho mejores.

El concepto de ofrecer un trabajo ético es interesante, pero seguramente hay muchas empresas que no están en condiciones de hacerlo. Esto se debe más a la falta de condiciones y oportunidades ofrecidas en Chile, que a la carencia de valores de quienes administran dichas empresas. Aunque una parte importante de la responsabilidad está en manos de los empresarios, es francamente irresponsable culparlos de todos los males de los trabajadores. Gran parte de la oportunidad que permite a un empresario ofrecer un trabajo ético está en manos del Estado, ya que este es el único que puede garantizar las condiciones básicas que propicien que las empresas funcionen tranquilas y ofrezcan trabajos de calidad. Es fundamental el respeto de la propiedad privada y del estado de derecho, el acceso a los mercados, los incentivos a la inversión, la educación, el desarrollo tecnológico y, sobre todo, evitar la imposición de la violencia como instrumento de presión social.

Plantear la necesidad de un salario ético es justo, válido y rescatable. Sin embargo, apuntar a mejorar la formación por medio de trabajos éticos es una alternativa más sensata y sustentable, seguramente una de las pocas que hoy en día pueden disminuir la brecha de desigualdad social.

Cristóbal Cheyre. Profesor Facultad de Ingeniería Universidad de los Andes.